

Una receta mágica

En un pequeño pueblo de Toledo, con unos doscientos habitantes más o menos, había una pequeña pastelería. En ella trabajaba un señor llamado Nicolás. Tenía cincuenta y dos años. Vivía en una casita, a las afueras del pueblo. No tenía mujer, ni hijos, ni mascota, ni nada ni nadie que le acompañara. Se sentía muy sólo.

Una mañana, de camino a la pastelería, iba pensando en un encargo de galletas de jengibre, ya que se acercaba la Navidad. Al llegar se puso manos a la obra. Preparó todos los ingredientes y una vez preparado todo se puso a hacer la masa, después la decoró y algunas cosas más. Cuando terminó, metió las masas con los moldes en el horno. Pasó un buen rato y Nicolás sacó la bandeja del horno, y salieron unas hermosas galletas de jengibre. Aunque, la verdad, un poco desiguales. A lo largo de la mañana, Nicolás continuó con su trabajo, ya que tenían mucho hío porque faltaba poco para Navidad y una señora con pinta presumida y cascarrabias entró a la pastelería.

-Buenos días, vengo a por mis galletas de jengibre.- Dijo aquella señora.-

-Buenos días, aquí tiene sus galletas.- Dijo Nicolás.-

La mujer, miró las galletas con cara de asco, y dijo:

-Estas galletas no tienen muy buena pinta, cada una es de un tamaño y no se parecen en nada. Exigió que se vuelvan a repetir.

Nicolás, decepcionado, y a la vez un poco engadado, se sintió muy mal de su parte, ya que no llevaba mucho tiempo trabajando en la pastelería y lo hizo lo mejor que pudo.

-Lo siento de verdad, las volveré a cocinar de nuevo e intentaré hacerlo mejor.- Dijo Nicolás con un poco de tristeza.

Nicolás no podía entender por qué las galletas que



habría hecho no le quedaron como los clientes deseaban, entonces decidió quedarse las galletas.

Nicolás, de camino a casa, seguía pensando en el porqué de esa situación, y para el día siguiente que le salieran mejor.

Por la noche, después de cenar, Nicolás estaba viendo la tele tranquilamente en el sofá de su casa, y de repente, empezó a escuchar unas vocecillas que provenían de la cocina, entonces que a ver que estaba ocurriendo, se asomó por la puerta de la cocina, pero no vio a nadie. Nicolás se sorprendió, y no entendía nada, pensó que sería su imaginación, así que se fue de nuevo al salón. Un ratito más tarde, Nicolás escuchó de nuevo unas ruidos que venían de la cocina ¡otra vez! Así que sin ningún miedo fue a ver que ocurría y... ¡eran sus galletas de jengibre! Nicolás no entendía por qué sus galletas tenían vida. Entonces decidió preguntarles:

-Hola. ¿Por qué estais hablando? Sois galletas de jengibre.- Dijo

Nicolás:-

-Tranquilo Nicolás, no vamos a hacerte daño. Sabemos cual es el problema y queremos ayudarte.- Dijo una de las galletas:-

-Tenemos vida, por eso, no todos somos iguales, Somos diferentes unos entre otros y no somos perfectos. Unos somos más grandes, otros más pequeñas, unos más morenos y otros no...

Nicolás se dio cuenta de por qué las galletas de jengibre no eran todas iguales. ¡Todos tenemos algo que nos hace diferentes de los demás!

Desde ese día, en casa, las galletas y Nicolás practicaban cómo hacer dulces, y un montón de recetas como mazapan, turrón, polvorones... ¡y galletas de jengibre! Y también le daban consejos, para que cuando fuese a trabajar a la pastelería, sus recetas enamorarán a todo aquel que las comprara.



Además, gracias a la ayuda de sus galletas de jengibre y sus indicaciones, todo el mundo acudía a comprar a la pastelería dulces y sobre todo galletas de jengibre. ¡Y eso que las galletas de jengibre eran digerentes entre sí!

Pero lo más importante es que Nicolás, por fin tenía alguien con quien pasar la Navidad.

FIN*